

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO



Año X

Barcelona, 1.º de Junio de 1899

Núm. 445



Tocado caprichoso.

EMILIO CASTELAR



Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios ¡más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y sin embargo, diciendo: «¡Padre mío, perdónalos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores, porque no saben lo que se hacen!» Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor, grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre de esta religión; yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí á pedir os que escribáis al frente de vuestro Código fundamental, la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres.

(Contestación de Castelar en el Congreso á Manterola).



Ha muerto Castelar

No tengo memoria de que haya conmovido jamás mi ánimo con tan profunda emoción el anuncio de la muerte: yo, que no creo en ella, y que por virtud y eficacia de mis ideales, estoy dispuesto a reir aun tratándose de los negocios más graves de la vida; yo que levanto sobre todas las bellezas de Cristo la victoria de la resurrección: he sufrido, no transtorno, pero sí pesadumbre insólita, (que no sé comparar sinó al sentimiento humanamente religioso que embarga nuestro sér ante el espectáculo sublime de la majestad, donde quiera que se manifieste, tronando con el rayo, rugiendo con las olas, encendiéndose con el sol): he sufrido, repito, pesadumbre, que no es dolor triste, que no es amargura negra, al oír que había muerto el ilustre entre los ilustres del siglo, el egregio, el soberano cerebro de Castelar, para los infortunados españoles.

Castelar ha muerto cuando no debía morir; no había hecho su obra: la muerte de Victor Hugo llenó de luto á su pueblo; la de Bismarck también; para Castelar no hay gasas posibles: la muerte no ha sido como ahora ni tan dura, ni tan implacable: para la muerte no hay tiempo, y sin embargo, no ha llegado nunca tan á deshora. La muerte de Castelar no llena de luto á la nación: es desgracia, verdaderamente irremediable para la patria: Castelar, fecundo desde su niñez, no desde su juventud, como otros, era en estas circunstancias difíciles, sinó la única, la sola promesa clara, ó dicho de otra manera, el único rayo de luz que esclareciese el cielo entenebrecido por las nubes, y que desde cualquier punto del horizonte que se mire presagia tempestad; Castelar, tenía que cumplir en este período de su existencia la parte más noble del papel que los altos destinos decretaron á su nacimiento y á España.

No lo digo al morir el genio, cuando todo elogio es fácil, y vanas las más de las palabras que se pronuncian; entendido, y sólo entendido en política, sin haberme afiliado jamás á las distintas agrupaciones que, generalmente, toman en este pueblo el arte de gobernar por *sport*, como si se tratara de bicicletas, de caballos, ó de toros; solicitado por agrupaciones y entidades de valer (algunas ocuparon los más altos puestos, haciendo justicia el mismo Castelar á su talento y á sus prendas personales) no he tenido para el que acaba de cerrar los ojos, sinó el culto que profesa mi alma á las divinidades del Olimpo terrestre; y este culto idólatra, pero platónico hasta cierto punto, nació y creció potente, á mis doce años, leyendo la inimitable historia de la Civilización. Yo amaba la libertad y la independencia y confundía este supremo amor (con la fuerza que da á los ideales el temperamento) en el arte sublime, creador, infinito: y leyendo á Castelar en la Universidad de Valencia, á despecho del bibliotecario, (un cura, contra quien tuve que imponerme) sentí para siempre jamás imperecedero mi triunfo, no como republicano, no como joven que asienta sus plantas sobre las ruinas que va hollando cuando camina siguiendo la luz, pero como patriota y como artista: recuerdo que me levantaba del duro banco, que relampagueaban mis ojos, que se crispaban mis nervios, que se estremecía mi sér, que fulguraba en mi alma sus destellos la gloria, enterándome deslumbrado por aquel mágico relampaguear del verbo, cómo empujaba sus hombros potentes la esclavitud, cómo luchaba el Aventino contra el Palatino, cómo encendía, finalmente, la atmósfera el rayo del Sinaí. Yo era niño, y si no había oportunidad de seguir al maestro, al mago, como pudieran seguirle los hombres, seguíle con el espíritu, y no he hecho jamás en mi labor de obrero de la pluma ó de la palabra, traición al artista que era al mismo tiempo apóstol. Más tarde, á los veinte años, cuando mis ideales seguían distinto rumbo, se me llamaba apasionado del *tribuno*; no era apasionado yo, era reverente, y disculpeseme esta vanagloria: yo he defendido á Castelar siempre contra todos los ataques de la ignorancia; yo, sin ser político, y corriendo más que su programa, he justificado su valiente actitud, que no será jamás comprendida de los torpes en la triste derrota de la República, que á él, al sabio, al clarividente le arrancaría no lágrimas, sinó sollozos. En la historia de los tiempos no he visto otra arrogancia como la suya: fué arrogancia de un Dios.

¡Castelar! No llena la página de un pueblo, llénalo todo, porque llena un capítulo de la historia de la humanidad. No ha defendido un credo político, sinó que ha luchado, como Cristo, por el triunfo y la glorificación de la Raza, en la tremenda batalla del Bien contra el Mal. No era grandilocuente, como lo fué Mirabeau, era grandioso, como no hay ejemplo entre los humanos: su talento era inmedible, como su alma, por su extensión y por su profundidad.

Me falta espacio, fáltame tiempo para hablar lo que yo sé del glorioso. Otro día será. Ha muerto; ha podido recoger en el instante de prueba como César la clámide; no es oportuno llorar si queremos que sea honrada su memoria; no hay que vestirse de luto, hay que quemar, como él pudiera quemarlo, incienso en honor de la patria. Hay que honrar á la patria para honrarle á él, puesto que su ilustre genio ha mantenido glorioso el nombre español por todo el mundo.

CLAK



Elisa Romero,



Elisa Romero.

El amor

La luz que baja del cielo, que inunda con purísima vida toda la creación, es el amor; sí, el amor universal, fecundando la flor, el ave, el agua, todas las cosas que se sienten heridas y animadas por su fuego.

La flor tiembla, sacude sus pétalos palpitantes de placer, y arroja sobre la tierra la semilla, tributo de su amor. Los seres inorgánicos unen sus moléculas, hierven abrasados por la electricidad, que es el delirio del amor de la naturaleza. La luna va siguiendo á la tierra, y la tierra se regocija cuando el sol la besa, y el sol y las estrellas vuelan al rededor de Dios, como las mariposas en torno de la llama, y los espacios son el inmenso lecho de amores de los mundos. Un astro manda á otro, en el rayo de la luz, su ósculo de amor. El aire se suspende sobre la tierra, le cuenta sus amores en sus murmullos, le pinta ilusiones en sus azules horizontes, la empapa con su rocío; y la tierra, absorbiendo su vida y transformándola, en el amor, se puebla de floridos árboles. Los seres ocultos en la gota de agua, en el grano de polvo, se reproducen y se aumentan á su impulso. Las mariposas rompen su larva, extienden sus alas, y celebran sus amores con la flor, cuyos aromas las embriagan de placer.

Allá, en el fondo de las cavernas, el león, el tigre, el majestuoso elefante, se entregan á sus amores, y sus hembras cuidan de sus hijuelos con el celoso espíritu de la maternidad que se dibuja en la luz de sus ojos. El agua va corriendo sobre la tierra retratando el cielo, para producir flores en su amor. El ave cincela su nido en la copa del árbol, arroja centellas de sus lucientes ojos, salta de rama en rama, como si fuera juguete de corrientes infinitas de electricidad, extiende sus alas agitadas en incesante movimiento, riza sus plumas, que parecen exhalar una gran combustión, empolla sus hue-



Fot. Napoleón.

Elisa Romero del Olmo

Es una artista notable, con quien la naturaleza ha sido espléndida en dones. Guapa, y no es menester que lo jure, porque ahí tienen ustedes cuatro retratos suyos, que no me dejarán mentir, graciosa, gentil, despierta, derrama sal á puñados, sin darse cuenta de que prodiga su tesoro.

Nació en la ardiente Andalucía, en Málaga, y une á los encantos de las mujeres de aquella tierra paradisiaca, que Dios bendijo, la donosura y el gracejo de las bellezas soberanas. Viste con gusto desde los tipos más humildes hasta los de encopetadas señoras. No hay sinó ver, por ejemplo, la gentileza con que acomoda el delicado y rico mantón de Manila, sobre la charra vestimenta, que no desdibuja el tipo, adornándolo con líneas y contornos de incomparable garbo, de indescriptible gallardía, á la española de cepa legítima, casi genial, y que enriquece la sonrisa de sus labios, y la picaresca expresión de sus ojos.

Su busto tiene la suprema elegancia de los seres escogidos, y sobre sus hombros caen todas las

vos en éxtasis misterioso, vuela y vuela en pos de la luz á las alturas, afina su garganta, y enseña en la soledad de los bosques á cantar á sus hijuelos en un gorjeo infinito que inunda de armonías los aires: y el movimiento que agita sus alas, y el calor que enciende su sangre, y la electricidad que sacude sus nervios, y el arpa que lleva escondida en su garganta, y el genio que le inspira sus cánticos, y la llama de la vida que arde en su breve y delicado cuerpo, es el amor, sí, el eterno amor de la naturaleza. La alondra, cuando al nacer el sol levanta su vuelo á lo infinito, va impulsada por el amor; la golondrina, cuando corta con sus negras alas rápidamente los aires, busca sus amores; el ruiseñor, cuando al morir el día se suspende de la rama de los árboles, y eleva su cántico melancólico, que va creciendo en notas dulcísimas como si quisiera herir los cielos, canta, canta su amor, y la palpitación de ese amor conmueve, como si su corazón fuera inmenso, los aires. ¡Oh! el amor sostiene las estrellas en lo infinito, y la atmósfera sobre la tierra; enciende el gran horno de la vida, el fuego; abreva en su inmensa catarsis que viene de Dios, á todos los seres; dilata, y extiende la luz en la inmensidad; derrama en su inagotable copa las semillas de todas las cosas, y palpita siempre uno, idéntico en el seno de la creación.

EMILIO CASTELAR

La igualdad ante la ley consiste en que sea igual para todos, así cuando castiga como cuando protege.

Renan.

—
Todo privilegio ha de fomentar la usura, y ¡ay! la usura es nuestra ruina.

—
Las revoluciones las puede prevenir la libertad, no la espada.

Pi y Margall.

—
El único medio de conservar el hombre su libertad, es estar siempre pronto á morir por ella.

Diógenes.



Fot. Napoleón.

prendas, hasta la capa de seda y encajes, majestuosamente. Entonces su rostro adquiere rasgos que no sé decir, sinó que son adorables. Hasta en su ropa familiar, de calle, se nota la distinción de que hablo.

No diré yo que rivaliza con la Otero, por no ofenderla, y no me lo perdonaría jamás, puesto que una es una y otra es otra. Como artista aplausos ha conquistado por donde ha ido, y sus contratas, hasta en suelo extranjero, en París, dan de ello fe. Y siendo éstas, notas de un curioso, séame permitido á mí, á quien no conoce Elisa, y puesto que espontáneamente rindo pleito homenaje á su hermosura y á su gracejo, terminar exclamando:

—¡Bendito Dios, que abrió su mano, sonrió y te bendijo!

CARLOS SAMUEL

(Notas de un curioso, que no es andaluz.)

XIII

Incorporóse la Pertiguero, estrechó las manos á Juanilla y le dió un beso amoroso en la frente; notó de cuán copiosa manera sudaba y púsole en cuidado el sentir no sé qué frialdad indescriptible, allí donde el pensamiento debía quemar aún. Limpióla con cariño, y sacando fuerzas de flaqueza para mostrarse alegre conteniendo su inquietud, contestó á la que ya parecía, con señales claras, moribunda:

—No te atormentes así: hemos concertado que pase Rolland con su padre algún tiempo en Liverpool; yo me quedaré aquí cuidándote hasta que te pongas buena; será pronto, según las esperanzas y seguridades de Córcoles, quien sabe más que Merlin.

Los ojos de la enferma se abrieron desmesuradamente: debió sufrir Juana algún impulso extraño, porque cogida como estaba de nuevo á las manos de la española, hizo presión en ellas para incorporarse; llenósele la boca de espuma sanguinolenta, dejó caer la cabeza pesadamente sobre el respaldo y entornó los ojos. Pareció dormir.

—¡Oh, y cómo te quiere aún! — murmuró Mariana á media voz, casi al oído del inglés, y no con expresión de celos, sinó de susto.

—¡Pobrecilla! — contestó Rolland dolorosamente. Se acercó á la doncella y la pulsó. Juana contuvo el débil respiro con que alentaba, figurándose que así la oprimirían más rato los dedos de Rolland. Gozó en breves segundos toda la existencia soñada en sus ilusiones amorosas, y se asomó por aquel resquicio de la voluptuosidad á la vida de los placeres locos. Sonrió. El inglés dijo á Mariana:

—¿Quieres que avise al doctor?

Lo habló esto también mansamente, pero no tanto que no le oyera el oído fino (dispuesto á todas las acechanzas del recelo), de la tísica. Abrió, entonces, Juana los ojos, y volvió á pintarse en sus pupilas el pasmo, el asombro, lo que fuese aquel revoltijo de ideas, que anuncia en la más perfecta y sublime organización de la máquina humana, el aniquilamiento del organismo, unas veces porque se desbaratan las células, (todo concierto y armonía), otras porque se destruyen, (y es natural, pues Dios las puso en el cerebro dándoles el doble papel de reflejar y refrac-

tar al servicio del alma); abrió, como digo, los ojos y tendiendo las manos, murmuró:

—Esperen: es temprano todavía.

Rolland y Mariana Pertiguero quedaron fríos, de pie, casi inmóviles. Tuvieron en aquel trance supremo la visión (cosa distinta de la conciencia) de la muerte; nó la certidumbre, nó la sensación, que nos inmuta ante el espectáculo del cuerpo rígido, sinó la emoción que nos sobrecoge ante el sér que está á punto de morir, de quebrantar sus ligaduras. Sin estar cogidos los esposos, tan juntos se les vió, (como se arriman los que sienten terror ó miedo), que parecían entrelazados. La enferma seguía sonriendo, con aquella plácida sonrisa, que es al mismo tiempo terrible, porque parece una mueca, una burla de todos los goces terrenales, y de todos los orgullos que caracterizan á quien se proclamó soberano de la Creación en la leyenda del Paraiso.

—No son ustedes tan malos que no me prometan antes de *irme*, porque yo me voy, diga



Para el descanso.

lo que guste la ciencia de Córcoles, que darán al primer hijo mi nombre. Y otra cosa: es inútil que Rolland se marche y que tú, Mariana, te quedes. Preferiría lo contrario, si pudiese prolongar esta agonía, que llega más dulce de lo que la imaginaba.

—¡Oh, Juana! — repuso la Pertiguero — juro, que cumpliré tu voluntad.

—Y estoy yo cierto — añadió Rolland — que Marianilla le enseñará á pronunciar con respeto su nombre, á quererla...

Lo soltó así el inglés, tal como se pone, inconscientemente.

—Que *Marianilla* (y subrayó la palabra) le enseñará... á quererme...

No dijo más. Prodújose en el rostro de la tísica un transtorno, que nadie osaría describir. Nó livida, verde se puso. Recorrió todo su cuerpo una corriente que, electrizándola, si se me permite, le dió fuerzas para incorporar el busto, de manera que le hizo describir una curva: arrojó una bocanada de sangre, y dió la hemoptisis al traste con toda su fortaleza; cayó, nó la cabeza, sinó todo su fisico, de cintura arriba, pesadamente, y no hizo más que torcer un poco la boca entreabierta que parecía reirse aún. Pero aquella última sonrisa era fría, sarcástica...

Marianilla se abalanzó al cuerpo inanimado prorrumpiendo en sollozos y Rolland salió de la estancia dando gritos. Acudieron todos, y fué de los más diligentes Córcoles Sierra, que sin pulsarla, tomando un polvillo de rapé, dijo:

—Está muerta.

Milady Hobson replicó:

—Con Dios está.

El doctor, tomando otro polvillo:

—Si no lo está, por lo menos, lo merece. No ha sido mal purgatorio el suyo. Si tu-

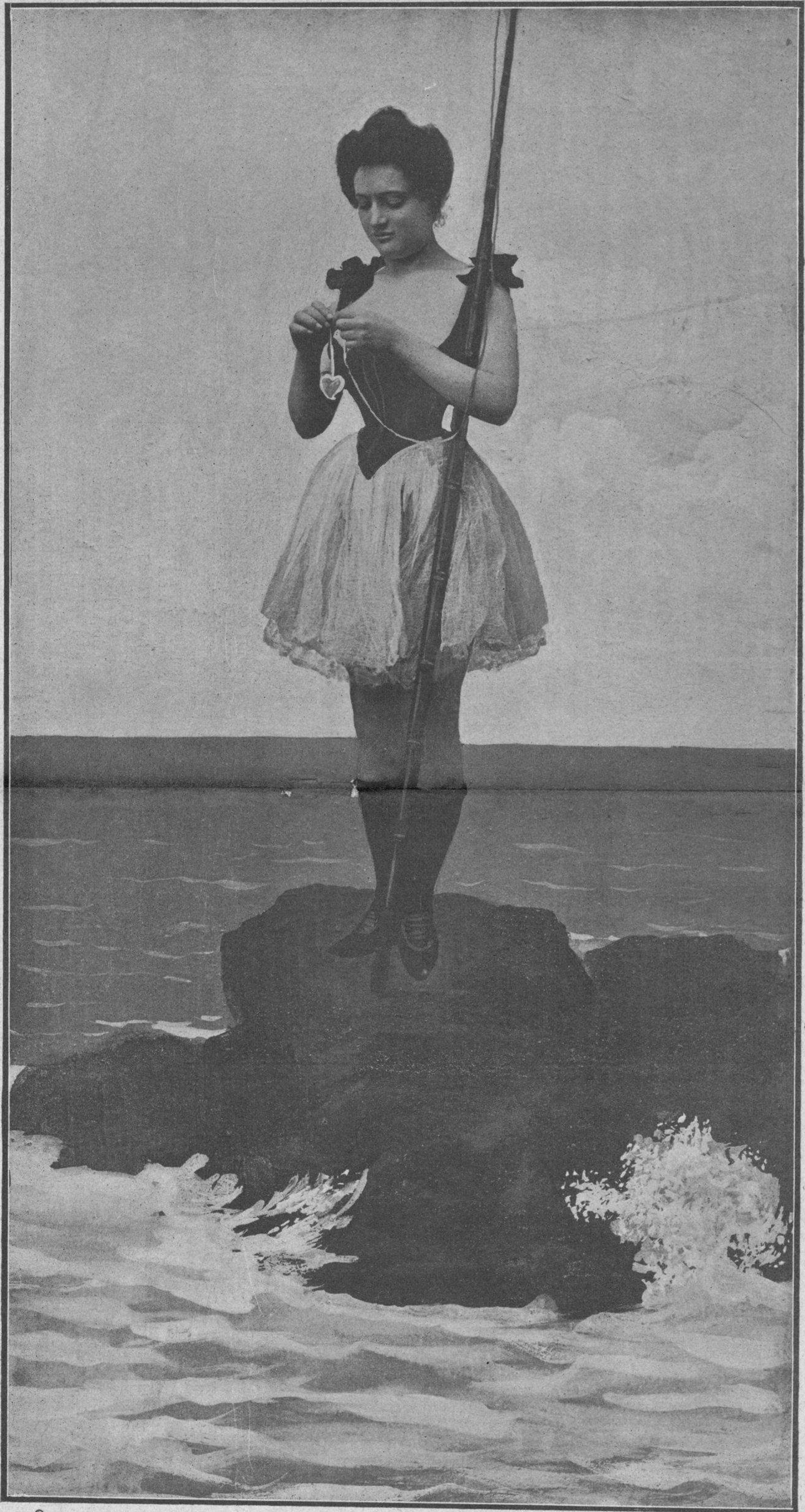
viera yo poder inventaría una gloria exclusiva para los que muriesen con el corazón comido por el monstruo de cien cabezas que llaman sentimiento.

Y acudió al hermano, que casi echado sobre el cadáver, le hablaba con los más cariñosos y conmovedores extremos, como si pudiera oírle.

Abria miss Forgent las dos ventanas de la habitación, y al correrlas saltó adentro el aire tibio que venía con suave y delicioso oreo impregnando la atmósfera de perfumes: creeríase que mandaban sus más fragantes y ricas esencias al pobre lirio que acababa de doblarse en su tallo, los nardos, los jazmines y las acacias en flor. La inglesita hizo seña á Kenteld, y salieron los dos al jardín: á poco volvían, y ya estaba la muerta engalanada con su último traje blanco, su ropa nupcial para los desposorios con la madre tierra, amante cariñosa, solícita, fecunda, que despierta á nueva vida lo que el halito frío destruyó. El alemán depositó sobre el lecho, junto á la cabecita morena, graciosa, que dormía el sopor de la muerte dos ramos soberbios formados con exqui-



Bello ideal.



BUEN CEBO



Como unas castañuelas.

sito gusto: la Forgent llevaba las faldas recogidas por las puntas, y adelantándose, las soltó sobre el cuerpo rígido: cayó una lluvia de azucenas, que casi sepultaron el pecho y el talle de Juana Vernot. En aquel mismo punto fué ganando pasito á paso el sol, colándose por la ventana, la distancia que le separaba del lecho mortuario: era el caer de una tarde dulce, clara, apacible. El resplandor celeste iluminó, formando un nimbo, el rostro de la doncella aletargada. Aquella luz fugitiva comunicó al ambiente no sé qué sello triste y melancólico, contrastando con la risa de las flores.

Imponía la gravedad de las figuras, silenciosas, poco menos que inmóviles, como si fuesen bustos de cera. En un sillón, con los codos sobre las rodillas y la cabeza en las manos, el vivo Vernot; junto á la cabecera milady Hobson, á los pies miss Forgent y herr Kenteld; cerca del hermano de la muerta el doctor Córcoles, único que de cuando en cuando daba fe de vida, aspirando con fruición, (que hacía cómico su grave continente) el incomparable polvo de rapé, y apartados, apoyándose en el rebajo de la ventana, con la vista alongada en la lejanía poética, en la inmensidad azul, Rolland y Juana Pertiguero.

Cortando el coloquio de sus pensamientos mudos, que por simpatía se encaminaban al mismo fin, dijo la española:

—Rolland, esposo mio, no estoy satisfecha ni contenta de ti.

Mostró su asombro el inglés por un estremecimiento casi imperceptible; pero no volvió la cara; sus ojos seguían mirando á lo infinito. La voz de Juanilla era tenue y se confundía con el murmullo del aura que balanceaba las matas del huerto. Siguió:

—No soy hipócrita, digo lo que siente mi alma, lo que conmueve mi ánimo, y es ésta, virtud que debe exigir y agradecer todo hombre cuando busca compañera. Tú no has sabido consolar la agonía de esa mártir del amor.

—Oh, amada, oh tierna amiga — replicó Rolland con voz de sollozos, tal era su enterrecimiento — ¿qué podía hacer yo contra su destino?

—Debiste asegurarle que la amabas como á mí; debiste amarla en espíritu, ya que no podías unirte á ella en carne: debiste abrirle los ojos á la luz de la eternidad, asegurándole que allí no hay exclusivismos de sexo, y que no limita Dios en el amor perenne, único, el número de las esposas. Nuestro paso por la tierra será breve: luego puede atarnos á los tres el lazo de los siglos. Hay que amarlo todo, porque todo es obra de Dios. Yo te llamaré constantemente, siendo tu esclava por obra de la naturaleza y de las leyes: di Rolland, ¿quieres confundirte con mi espíritu, como me confundirás dentro de poco en tus brazos?

Rolland volvió entonces los ojos húmedos de lágrimas, y con vehemencia, con acento que dominaba el concierto de aquella tarde poética y deliciosa contestó:

—¡Te adoro!

Sus manos se estrecharon: el sol cayó detrás de las montañas; sopló la brisa más fuerte; el horizonte se llenó de vaga penumbra; las figuras del cuadro parecieron todas tan dormidas como la muerta...

Infundios y líos

Estamos mejor que el Melenas, acreditado chulo que teniendo de parto á un mismo tiempo á su mujer, á su suegra, y á una perrita y una gata que eran la alegría de su hogar, sintió sospechosos retortijones, y exclamó compungido:

—¡Ay, la madre! ¡Si iré yo á hacer el número 5!

De ese número, con una docena de ceros á su derecha, pasan los infundios y líos que á cada instante tropezamos los hombres de bien, y que nos sumergen en un mar de confusiones.

¿Quién puede estar seguro, cuando cobra una cantidad, de que no le darán algún duro sevillano, de los de cuatro anillos y medio de propina, ó de los de Novelda, que tienen el cabello despeinado ó de cualquier otra parte que no sea la legítima y acreditada tía Javiera, es decir, la casa de la Moneda del paseo de Recoletos?

Únicamente pueden abrigar, para que no se

constipe, tal seguridad los que reciben menos de veinte reales, ó los que cobran mayor cantidad en moneda fraccionaria ó en billetes.

Pero los unos corren el riesgo de recibir una peseta ó medio duro de la clase de puntos filipinos, ó unos cuantos perros de ilegítima procedencia, ó un papelito sin hilos como el aparato telegráfico de Marconi, etc., etc.

¿Y quién es capaz de afirmar que toma chocolate y no ladrillo molido, que bebe café en vez de infusión de habas tostadas, que digiere salchichón y no embutido de penco, que el vino que ha comprado no es tintura de pimentón con alcohol de alpargatas viejas y *aínda mais*?

Pues solamente se encuentran en tal caso los que no comen, ni beben, que no deben ser muchos, sobre todo desde que han caído en desuso los Succi y los Merlatti.

BROMAS PESADAS



I. Mientras las entretiene la lectura se le ocurre á la chica la diablura,

de vaciar en las dos la regadera y así lo ejecutó lla muy ligera.

La Saeta

Las telas de seda tienen mezcla de lana; las de lana suelen estar mezcladas de algodón; las de algodón, poseen su correspondiente dosis de esparto, y si se usaran vestidos de esparto, tendrían mezcla de tela de araña ó de bigote de suegra ó de rabo de demonios coronados.

Y como éramos pocos, parió mi abuela ó el Melenas, ó cualquiera que no debía parir.

La más bella mitad del género humano, como dicen los escritores cursis ó los cursis que se meten á escritores, ha dado en la flor de aumentar el número de nuestras confusiones, convirtiendo en Carnaval los doce meses del año.

No hace mucho fueron detenidos en Barcelona dos honrados obreros, retintos y bien armados, quienes conducidos al cuartelillo resultaron ser una señorita y su criada, que se habían lanzado á la calle en traje varonil, para acechar al pérfido novio de la primera, quien como Barba Azul, iba de flor en flor, hecho una mariposilla revoltosilla.

Hace menos aun, que los concurrentes á la romería de San Isidro, que se está celebrando en la

villa y corte, pudieron admirar el garbo y el donaire de un simpático chulo, quien con la clásica chaquetilla y el sombrero redondo, paseaba entre los puestos de rosquillas de barro cocido y botellas de leche de las Navas, fabricada con los sesos de toda clase de alimañas.

Como en la romería no faltan apreciables muchachas para quienes todo Madrid es río, pues por todo él pescan, el chulo simpático se vió asediado por miradas asesinas, palabritas melosas é insinuaciones todavía más intencionadas.

Pero él, nada, *inmuable*, como diría un chulo legítimo; no hacía caso de indirectas ni de halagos y continuaba recorriendo la padrera, dirigiendo á todas partes miradas ansiosas.

De pronto dijo:

—¡Ah!

Mas no con extrañeza, sinó como quien dice:

—Esta es la mía.

Y en efecto, no fué la suya, sinó la de la otra: la de una prójima que iba en compañía de un individuo, y que se llevó la cachetina número uno



II. Indignadas las dos al ver la chanza,
idearon tomar ruda venganza

de la niña atrevida,
que quiso huir al verse sorprendida.

de manos del simpatiquísimo chulo, el cual resultó ser...

¿El pretendiente, el novio, el amante ó el marido de la abofeteada?

Nada de eso: resultó ser... ¡la cónyuge del acompañante de aquella! La cual cónyuge, cuando se cansó de dar gusto á la mano aplicándola á la cara de su aborrecida rival, quiso repetir la suerte con el infiel esposo.

Y sinó lo hizo, no fué por falta de bríos ni de ganas, sinó porque lo impidieron dos guardias que llegaron con su acostumbrada oportunidad, cuando la cachetina apenas había durado cinco cuartos de hora.

El chulo auténtico y el chulo falsificado estuvieron detenidos un rato en la prevención, y es fama que, cuando salieron, dijo al pérfido la cariñosa costilla:

—¡Anda, arrastraol! ¡Qué en cuanto llegemos donde no haya guindillas, te voy á poner verde para que aprendas á irte de picos pardos!...

Aseguro á ustedes que es lo único que nos faltaba: no estar seguros ni siquiera del sexo de las personas con quienes tropecemos en la calle.

El ejemplo está dado, y es de suponer que no faltarán hombres que imiten el procedimiento puesto en moda por nuestras caras mitades.

Entonces, no será extraño que cualquiera de ustedes contrate una ama de cría para el chiquitín, y se encuentre con que ha ajustado á un picador de toros sin contrata, ó que un sietemesino declare su volcánica pasión á una bailarina de rango francés y la agredida, ruborizándose, conteste en voz baja:

—¡Es imposible! Mis apariencias engañan: ¡soy un pastor protestante, que no ha encontrado otro medio de huir de las persecuciones que un día de estos debe decretar Silvela, influido por Polavieja!

BLAS QUITO

Pensamientos

Llegará día en que los hombres se formen otra idea de la gloria; ¡y entonces cuántos héroes degradados!

Las naciones, como los individuos, deben su energía á sus grandes sentimientos; y los grandes sentimientos de un pueblo son sus libertades.

El que abusa de un líquido no se mantiene mucho tiempo sólido.

Una mujer infiel es una locomotora que descarrila.

El trabajo es una incesante lucha que temen y adoran á la vez las más poderosas organizaciones.

Cierto poeta decía: me pongo al trabajo con desesperación, y lo dejo con sentimiento.

Roma y España fueron libres durante muchos siglos, porque estaban armadas. Los suizos son todos soldados, y por lo tanto todos libres.

Maquiavelo.

Los cambios de la moda son la contribución que impone la industria del pobre á la vanidad del rico.

La naturaleza no me ha dicho: sé rico, y mucho menos, sé pobre; pero me grita: sé independiente.

Sucede con la dicha como con los relojes; los más sencillos se descomponen menos.



III. Mas de nada sirvió: las dos bañadas le mostraron con bromas bien pesadas,

ELEGÍA

El sembrador activo y diligente;
aquel que trabajando sin descanso,
coronada de lauros la cabeza,
caminó victorioso por el mundo;
el que entonó canciones vigorosas,
que nuestro corazón enardecieron,
á la sublime Libertad, ha huído
del campo de la vida

Es que su espíritu
ha recobrado las robustas alas
que perdió al encarnar, y presuroso
se elevó á las regiones de los cielos.

Hemos perdido al sacerdote santo
que llenó con su voz arrobadora
los ámbitos del mundo. El oficiaba
en el sagrado altar donde los hombres
debieran ofrecer sus sacrificios.
El nos marcó las sendas misteriosas
que conducen al río de la Vida.

Estuvo entre nosotros como hermano
y fué nuestro Maestro. Su espíritu
vivirá eternamente entre nosotros,
prodigándonos tierno sus caricias.

¡Hasta al morir nos reveló su genio!
Como el robusto gladiador romano,

ha elegido al caer digna postura:
con el ardor del joven de otros tiempos,
se dirigía, luchador, al Circo,
cuando le sorprendió la ruda muerte.

Los que sepáis lo que ha perdido el Hombre
al ser arrebatado de este suelo
el que fué en otro tiempo nuestro guía,
llorad, y vuestras lágrimas piadosas
aumenten el reposo del invicto,
grandioso campeón. Pero no turbe
vuestra mente el dolor desesperado.

Recojamos la herencia que nos lega,
los que con bríos juveniles vamos
por los caminos ásperos del mundo,
cantando con valor que á nada cede
á la bendita Libertad.

Juremos
unir nuestros esfuerzos. No esperéis
á que venga un espíritu valiente
á dirigir nuestros inciertos pasos.
¡Animo, prosigamos nuestra lucha!
¡Sabed que, como no hubo más que un Cristo,
no habrá otro Castelar en este mundo!

RAFAEL RUÍZ LÓPEZ

25 Mayo, 1899.



IV. que suele tener graves consecuentes
la familiaridad con ciertas gentes,

Inconsecuencia

Era don Martín Gamero hombre chapado á la antigua. Ni sus aficiones, ni sus gustos pudieron entrar nunca por las corrientes modernas y sus ideales, si es que el buen señor pudiera tenerlos á los 55 años de edad, se cifraban en la creencia de que el mundo y la sociedad reconocerían el error en que se hallan, y despreciando todo lo nuevo, darían al traste con tantas innovaciones diabólicas, retrocediendo á los benditos tiempos de progresistas y moderados, en que se gastaba aceite para el alumbrado y galeras para el viajar.

Con verdadero horror había visto desarrollarse y crecer en su rededor multitud de cosas, cuya utilidad, obstinadamente, negábase á reconocer, como si hicieran falta.

Según opinaba don Martín, casi todos los inventos (aun los más fáciles, é inofensivos), sólo servían para aumentar la facilidad de que la gente caminara por la senda del vicio y para que Satán pudiera más libremente tentar á la juventud, esa juventud que el día de mañana debía formar la sociedad, haciendo, por tanto, que fuera descreída, e céptica, sin fe en las gloriosas tradiciones del pasado.

En otro orden de cosas, los gustos y la moda, influidos poderosamente por los *franchutes*, habían perdido lo que de clásico y típicamente españoles hubieron; y para encontrar una camisa de cuello cortado á la *valona*, ó un sombrero de anchas y esbeltas alas, érase preciso trabajar y rebuscar lo indecible, só pena de no hallarlo y tener que apechugar con camisillas, que blusas de señora semejan ó sombrerillos propios para amazona de circo.

Luchaba el buen señor, con las opiniones contrarias en un todo de su señora, llamada doña Carmen y de su hija Amparo. Esta, de veinte y un años de edad y nacida en nuestro final de siglo que tan despreocupado se muestra en sus maneras, no quería reconocer, así la matasen, las ventajas y utilidades de aquella época pasada, que de tan bonito modo pintaba su padre.

La austeridad de las costumbres, padeciendo aún la influencia de los frailes; aquellas modas tan extravagantes y que tan mal debían sentar á la mujer, y otra porción de cosas, que como resumen sacaba de los relatos que de sobremesa hacia el autor de sus días, no eran lo más apropiado para que Amparito, suspirara por aquellos pasados días.

Eran de oír las discusiones que la familia entablaba.

—Mira, papáito (decía Amparo, acercándose cariñosamente á su padre), es necesario que me compres otro sombrero para el día del *Corpus*. Ya ves, los del año pasado están antiguos.

—¡Pero, chica! (exclamaba don Martín) ¿en ese día solemne y señalado pretendes llevar sombrero?

—Pues claro, papáito ¿qué quieres que lleve?

—¿Cómo que? (decía medio incomodado el buen señor), una mantilla; sí, señorita: la clásica y religiosa mantilla española, la que ha lucido nuestra familia todos los años en semejante fecha.

—Pero, papá, ¡si las mantillas no la llevan ya más que las criadas!

—Nó, señora: que la lleva todo el mundo, es decir, todo el que no esté imbuido de esas ideas tontas y extravagantes. Para una solemnidad religiosa el sombrero es impropio. Pase que haya tomado carta de naturaleza para otros días y otras fiestas; pero nunca para el *Corpus*.



Cada nueva concesión de las costumbres actuales veíase bizarramente atacada por don Martín y valientemente defendida por su hija, si bien el cariño paternal era el punto débil que primero flaqueaba y que bastaba para que la victoria quedase por la traviesa muchacha.

Pero un día, las cosas llegaron á su colmo. Aproximábase el verano; y puesto á discusión el paraje donde la familia Gamero había de pasar el rigor de los meses estivales, quiso don Martín que prevaleciera su opinión, que era ni más ni menos que veranear en *La Granja*. Según él, no había otro punto adecuado, pues además de su proxi-

midad á Madrid, sus frondosas alamedas y sus bellísimos paseos estaban llenos de recuerdos y tradiciones; pero, ... las mujeres, contrarias á semejante parecer, no consideraban como elegante y vistoso el indicado sitio, y se hallaban dispuestas á reñir descomunal batalla á fin de lograr que fuera otro el punto elegido.

Doña Carmen, tratando de buscar un término medio entre las contrarias opiniones de su marido é hija, proponía una playa del *Cantábrico*, que bien pudiera ser en Asturias ó en las costas de Guipúzcoa. Cuando ya casi estaba el matrimonio de acuerdo, la voz de Amparo, vino á descomponer el arreglo.

—Es inútil; este año hay que ir á Francia: si no queréis ir á Trouville ó Dieppe, por lo menos á Biarritz.

¡Horror de los horrores! Ir al extranjero en busca de lo que aquí, aquí mismo, dentro de España se tiene, era el colmo. Nó, no había que hacer caso de una chiquilla caprichosa y que se semejava a un polichinela de la moda, nó. Por transigir irían a San Sebastián ó Bilbao, á cualquier puerto, siempre que fuera español, pero nunca extranjero. Don Martín no había salido jamás de su patria y no veía la necesidad de hacerlo en sus últimos años.

En vano adujo Amparo, toda clase de argumentos en favor de su proyecto: era inútil: alguna vez había de tener carácter el jefe de la familia. ¡Oh! y lo que es esta lo tendría, ¡ya lo creo!

Dejóse el asunto por algún tiempo; pero al llegar la fecha en que, decididamente, había que tomar una resolución y salir para el punto designado, Amparo declaró que ella, hija obediente, seguiría á sus padres, á donde ellos quisiesen; pero que una vez instalados donde fuera, ni saldría de casa ni se aprovecharía de ninguna ventaja de la residencia de verano: pues lo mismo había de sufrir la tiranía de sus mayores en un punto, que en otro, y en cualquier parte soportaría su desgracia, ¡porque era muy desgraciada!

¡Y eso si que nó! Don Martín sería muy chapado á la antigua y muy retrógado en sus gustos, pero en querer á su hija, ningún padre de ninguna época le aventajaba.

Y así ocurrió; á los dos días, ya dispuestos para el viaje, se hallaban todos los individuos de la familia Gamero en la estación del Norte, y entonces fué cuando á Amparo se le antojó decir muy bajito y al oído á su padre:

—Mira, es preciso que vayamos en *sleeping-car*; es lo más cómodo.

El anticuado don Martín, viajó hacia un puerto extranjero, dentro de un coche que se designaba con nombre inglés. Y es que los padres no pueden ser consecuentes en sus opiniones, cuando son los hijos quienes atacan.

AGUSTÍN R. BONNAT



Eligiendo sombrero.



Le tengo envidia al espejo
donde refleja su cara,

á las cintas que le adornan
y al collar de su garganta.

MISCELANEA

Hemos puesto al pie del retrato de Castelar las sublimes palabras que completan moralmente al hombre, puesto que reflejando los sentimientos de éste forman maravillosa síntesis de una doctrina de paz y de amor.

Castelar es más que un político, más que un orador, más que un artista: es un filósofo humano, es un patriota.

La redacción de LA SAETA se asocia al luto nacional.



En la mesa se conocen los buenos amigos, decía un gastrónomo sentimental.

—Los que se conocen en la mesa (le contestó un filósofo) son los buenos cocineros; porque los amigos, sobre todo los buenos, no se conocen en parte alguna.



Por coger á su novia una manzana desde un árbol un novio cayó al suelo, y ella, con la intención más buena y sana, un abrazo le dió para consuelo. Lo vió un rapaz, y con premura necia á toda la familia de la novia refirió c por b la peripecia.

Y yo, con tal motivo, recuerdo que hay un caso *acusativo*.



Cierto lacayo se encontró súbitamente favorecido por la fortuna y entró en el seno de la mayor opulencia.

Un marqués, bastante corto de talento, le echaba un día en cara su baja estracción, á lo cual le contestó el lacayo:

—Señor Marqués, si usted hubiese nacido lacayo, lo habría sido usted toda su vida.



CHARADAS

I

De hombre muy conocido
un dos tercia es apellido,
igual que *uno dos tercera*
es *tercia dos* con *primera*;
lo mismo que *tres dos tres*
uno dos primera es.

J. VIDAL FERNÁNDEZ.

II

Dos á la *dos tres* de Espino,
que hago siempre *prima tres*
de *todo* cajas de vino.

F. JOTAPÉ.



Embuchado literario

¿CALAVERADAS DE RAMONCITO PIAVE?

¡OJALÁ LAS VIERA!

Sáquense signos y letras hasta dejar las precisas para que sin alterar el orden, den el título de una renombrada comedia en dos actos. No debe suprimirse por completo ninguna palabra.

P. LUQUÍN.



Cruz

```

* *
* *
* * * * *
* * * * *
* *
* *
    
```

Substituir las estrellas por letras, de forma que vertical y horizontalmente, resulten dos nombres de mujer.

I. TESNOP.



Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0	Nombre de varón.
9 4 6 7 9 4 5 7 0	» » »
1 5 4 1 0 5 7 0	» » »
5 0 6 4 8 9 0	» » »
6 7 3 4 0 8	» » »
1 7 8 4 6	» » »
8 0 8 0	» » »
3 4 6	Parte del año.
5 4	Nota Musical.
3	Consonante.

A. ARROYO MANJÓN.



Tarjeta

María Collado Deled

Sans.

Con las anteriores letras, formar el título de un drama muy conocido.

ANDRÉS DONATO PÉREZ.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA: NOVENO.

ROMBO LOGOGRÁFICO:

```

V
R I A
V I L L A
A L A
A
    
```

PROBLEMA ARITMÉTICO:

```

6 7 8 9 — 30
7 6 9 8 — 30
8 9 6 7 — 30
9 8 7 6 — 30
— — — —
30 30 30 30
    
```

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO:

Boca abajo todo el mundo.

CUADRADO:

```

C R E T A
R O S A S
E S O P O
T A P A N
A S O N A
    
```

Nuestro corresponsal exclusivo en la República Mexicana, es don Joaquín Llobet en Veracruz.

Correspondencia

El bardo ahorcado.—¡Mire lo que son las cosas! Produce más impresión y efecto ese pseudónimo, que no el romance que envía: y eso que después de haber dicho lo que otros muchos (aunque lo suelta usted en versos cortos y ramplones, lo cual maldita la novedad que tiene tampoco), añade usted:

« Sale el padre muy airado
y sobre el cantor arrea
una gran lluvia de palos
y le cuelga de una almena. »

Copio el final, porque en el final está la gracia, y creo que hasta la sandunga. ¡Ay, sí! Tenga usted por seguro que sobran cantores, y no se dé usted por aludido, pues hablo de los *máximos*, y faltan padres airados. Lo triste será si continúan tañendo el plectro desde la almena; usted *en tanto que* bardo ahorcado (y efectivamente, como no firma la carta, más que ser real, parece sombra), debe de saber la certeza del caso. ¡No faltaría más sinó que Grilo, Velarde, Rivas y otros pudieran aporrearnos á ripios desde ultratumba!

A. L. M. — ¡Malicioso! Publicaré el cuento.

V. Y. — Comprendo la intención de la Rima; lo que no comprendo es la Rima; si antes de sentirse usted poeta se hubiera usted sentido estudioso, habríamos salvado usted y yo este inconveniente.

R. M. O. — ¡Si usted quisiera corregirse y aplicarse! *Barbidn.* — Dice usted:

¿Quiere usted mandar, señor,
porque soy muy bien mandado?

Y yo contesto:

Mando, pues, que de contado,
como le estará mejor,
se agarre usted al arado.

L. P. — ¡Así te lleven malos dengues, brujo, malandrín, follón y bellaco! ¿Pues crees tú que no hay sinó coger un soneto de Rueda, que ya tiene de propio natural (el soneto) todos los síntomas de unas viruelas locas, plantarle tu firma al pie (del soneto) y remitírmelo para que me lo trague? ¿No ves, escudero ruín de la gracia andante cuanto andaluza, que tanto montara tragarse una bola de estrignina?

Remigton. — Hombre, *Remigton*, ¿qué hace usted que no se ha transformado todavía en Mauser? Sus balas, digo, sus versos de usted resultan á estas horas inofensivos. Hay que marchar con la época.

M. D. — Sí, además de ser gracioso está bien escri-

to. Lo publicaré, y mande algo más, y gracias, que cuando tropiezo con trabajos como el suyo me pongo tan ufano y alegre como si me encontrara una pepita de oro.

R. T. M. — Lo de usted es *asimismo* una perla; pero perla entre fango: fango los malos versos que usted endilga; perla la idea: ¡cómo ha de ser! No todos saben ni pueden poner cristal limpio y transparente al pensamiento.

N. G. O. — Diga usted, amigo: Venta la Encina está á tantos miles de metros sobre el nivel del mar que á menos que se hundan todas sus montañas es materialmente imposible que la *harrulle el Oceano*, como usted dice, así tengan poder la *h* que le cuelga al arrullo, y el arrullo que le regala á las olas, para hacer todos los disparates de este mundo y del otro. Se conoce que usted ha remontado el vuelo en alas de su ardiente fantasía; pero si llega usted á escalar como yo pedestremente la *elevada cumbre*, de seguro que pierde usted toda noción de las llanuras. Bueno está que los poetas digan lo que se les antoje; pero con más respeto de la geografía

J. F. E. — Algo de lo que me ha mandado, obraba en mi poder.

Adalid. — ¿Adalid de qué? ¿De la estupidez humana?

I. C. — El *Salto*, no pudo componerse. De lo otro aprovecharé parte. Los epigramas... efectivamente, fueron al cesto.

A. P. G. -- Utilizaré dos.

Otrosí. — Otro sí bárbaro. Y no digo más, y usted me entiende y creo haber dicho bastante.

L. P. — Aceptado, pero le advierto que guardará turno riguroso. Hay que imponerle cuarentena.

Pepete. — ¡Ayl... Sí, señor, sí, me quejo antes de empezar á leer su égloga. ¿Quién no sentirá dolor, Dios, enterándose de este título: «*El arrepentimiento de los pastores enamorados, ó el rabadán y las ovejas, y las dulzuras de las montañas.*» ¿Ha querido usted tomar el pelo á Vega (Ricardo de la) que nos lo está tomando á todos? Pues no digo, cuando se suelta usted escribiendo:

« Erase él garrido y ella fachendosa,
clavel y rosa,
que al amparo de los montes se amaban,
y por sus quebrajas se internaban... »

¡Ayl ¡ayl

Dispénsenme los otros, que este vate me ha dejado sin fuerzas.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre

SANTAL MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

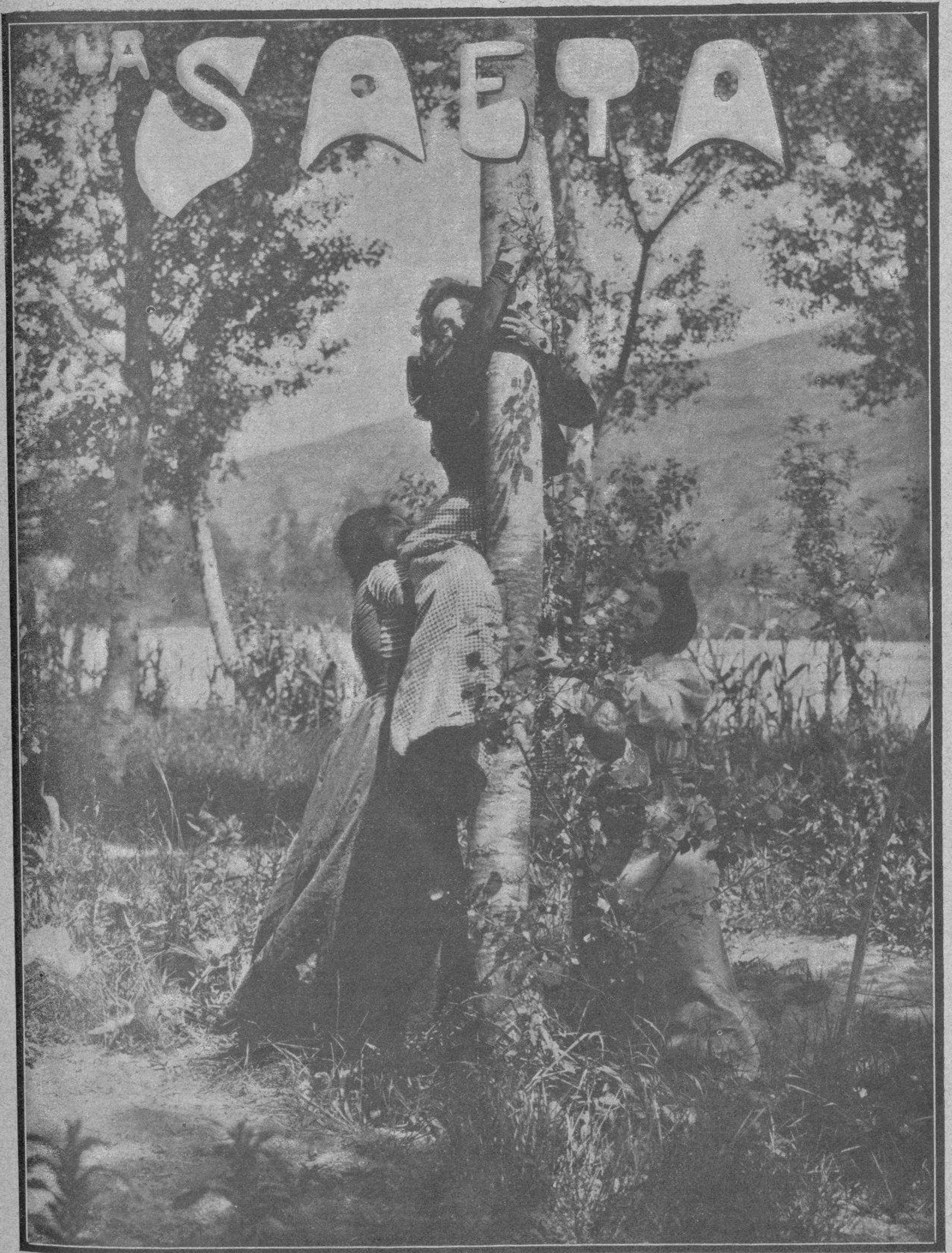
Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



20 cents.

Núm. 446

